

mortificación, como del estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas; que todo es con tanta moderación, que solo sirven de entender allí las faltas de las hermanas, y tomar un poco de alivio, para llevar el rigar de la regla. Él era tan bueno, que al menos yo podía mucho más depender de él, que el de mí: mas esto no era lo que yo hacía, sino el estilo del proceder de las hermanas.

Fue Dios servido que estaba allí el provincial de nuestra Orden, de quien yo había de tomar el beneficio, llamado fray Alonso González: era viejo, y harto buena cosa y sin malicia. Yo le dije tantas cosas, y de la cuenta que daría á Dios, si tan buena obra estorbaba, cuando se le hiciese, que se ablandó mucho. Venida la señora doña María de Mendoza, y el obispo de Avila su hermano, que es quien siempre nos ha favorecido, y amparado, lo acabaron con él, y con el padre fray Angel de Salazar, que era el provincial pasado, de quien yo tomaba toda la dificultad. Mas ofrecióse entonces cierta necesidad, que tuvo menester el favor de la señora doña María de Mendoza, y esto creo ayudó mucho, dejado, que aunque no hubiera esta ocasión, se lo pusiera nuestro Señor en corazón, como al padre general, que estaba bien fuera de ello. ¡O cuánto Dios, qué de cosas he visto en estos negocios, que parecían imposibles, y en fin fácil ha sido á su Majestad allanarlas! Y qué confusión mía es, viendo lo que he visto, no ser mejor de lo que soy, que ahora que le voy escribiendo, mi voy espantando, y deseando que nuestro Señor dé á entender á todos como en estas fundaciones no es casi nada lo que hemos hecho las criaturas: todo lo ha ordenado el Señor por unos principios tan bajos, que solo su Majestad lo podía levantar en lo que ahora está. Sea por siempre bendito.

#### CAPÍTULO XIV.

Prosigue en la fundación de la primera casa de las Descalzas carmelitas. Dirección de la vida que allí hacían, y del provecho que comenzó á hacer nuestro Señor en aquellas lugares, á honra y gloria de Dios.

Como yo tuve estas dos voluntades, ya me parecía no me faltaba nada. Ordenámonos, que el padre fray Juan de la Cruz fuese á la casa, y lo acomodase de manera, que como quiera pudiesen entrar en ella, que toda mi prisión era hasta que comenzasen, porque tenía gran temor no nos viniese algún estorbó; y así se hizo. El padre fray Antonio ya tenía algo allegado de lo que era menester: escuchámonos lo que podíamos, aunque era poco. Vino allí á Valladolid á hablarme con gran contento, y díjome lo que tenía allegado, que era harto poco: solo de rejones iba proveído, que llevaba cinco, que me cayó en harta gracia. Díjome, que para tener las cosas concertadas, que no quería ir desapercebido: creo aun no tenía en qué dormir. Tardóse poco en aderezar la casa, porque no había dinero, aunque quisieran hacer mucho. Acabada, el padre fray Antonio renunció su priorato, y prometió la primera regla; que aunque le daban lo probase primero, no quiso. Fuese á su casa con el mayor contento del mundo: ya fray Juan estaba allí.

Dicho me há el padre fray Antonio, que cuando llegó

á vista del lugarcillo, le dió un gozo interior muy grande, y le pareció que había ya acabado con el mundo, en dejarlo todo, y metirse en aquella soledad, á darme al uso y al otro no se lo hizo la casa mala, sino que les parecía estaban en grandes deleites. ¡O, cuánto Dios! ¡qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanas y padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas: tengamos delante á nuestros fundadores verdaderos, que son aquellos santos padres, de donde descendimos; que sabemos, que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios.

Verdaderamente he visto haber mas espíritu, y aun alegría interior, cuando parece que no tienen los cuerpos cómo estar acomodados, que despues que ya tienen mucha casa, y lo están. Por grande que sea, ¡qué provecho nos trae? pues solo de una celda es lo que gozamos continuo, que esta sea muy grande y bien labrada, qué nos va? Si, que no hemos de andar mirando las paredes. Considerando que no es la casa que nos ha de durar para siempre, sino tan breve tiempo, como es el de la vida, por larga que sea se nos hará todo suave, viendo, que mientras menos teviéramos acá, mas gozaremos en aquella eternidad, á donde son las moradas conforme al amor, con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesús. Si decimos que son estos principios para renovar la regla de la Virgen su Madre, señora y patrona nuestra, no la hagamos tanto agravio, ni á nuestros santos padres pasados, que dejemos de confirmarnos con ellos; y aunque por nuestra flaqueza en todo no podamos, en las cosas que no hace ni deshace para sustentar la vida, habíamos de andar con gran aviso, pues todos en un poquito de trabajo sabroso, como le tenían estos dos padres; y en determinándonos de pasarlo, acabada la dificultad, que toda es la pena un poquito al principio.

Primero, ó segundo domingo de Adviento de este año de mil e lxxvii (que no me acuerdo cuál de estos domingos fué) se dijo la primera misa en aquel portico de Belén, que no me parece era mejor. La Cuaresma adelante, viniendo á la fundación de Toledo, me vino por allí. Llegué una mañana: estaba el padre fray Antonio de Jesús batiendo la puerta de la iglesia, con un rostro de alegría, que él tiene siempre. Yo le dije—¿qué es esto, mi padre? ¿qué se ha hecho la honra? Díjome estas palabras, diciéndome el gran contento que tenía—yo andaba el tiempo que la fue. Como entré en la iglesia, quedéme espantado de ver el espíritu que el Señor había puesto allí: y no era yo sola, que dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenis tantas cruces! ¡tantas calaveras!

Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenía, para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía tenía mas devoción, que si fuera de cosa muy bien labrada. El coro era el dextrán, que por mitad estaba alto, que podían decir las Horas, mas habíase de alajar mucho para entrar, y para oír misa: tenían á los dos rincones hacia la iglesia dos ermitillas, á donde no podían estar sino echados ó sentados, llenas de bencin, porque el lugar era muy frío, y el tejado casi les daba sobre las ca-

benas, con dos ventanillas hacia el altar, y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calveras. Supe, que después que acababan Maitines, hasta Prima, no se tornaban á ir, sino allí se quedaban en oracion, que la tenían tan grande, que les acacia ir con harta nieve los labios, cuando iban á Prima, y no lo haber sentido. Decían sus horas con otro padre de los del Paño, que se fué con ellos á estar, aunque no meció labiar, porque era muy enfermo, y otro fraile mancebo, que no era ordenado, que también estaba allí.

Han á predicar á muchos lugares, que estaban por allí comercios, sin ninguna doctrina, que por esto también me helgué se hiciese allí la casa; que me dijeron, que ni había cerca monesterio, ni do donde la tener, que era gran lástima. En tan poco tiempo era tanto el crédito que tenían, que á mí me hizo grandísimo consuelo cuando lo supe. Han, como digo, á predicar legua y media y dos leguas, descalzos, que entonces no trayan algaratas, que después se les mandaron poner, y con harta nieve y frío; y después que habían predicado y confesado, se tenían bien tarde á comer á su casa: con el consuelo todo se les hacía poco. De esto de comer tenían muy bastante, porque de los lugares comercios los proveían mas de lo que habían menester; y venían allí á confesar algunos caballeros, que estaban en aquellos lugares, á donde les ofrecían ya mejores casas y sitios. Entre estos fué uno don Luis, señor de las Cinco-villas. Este caballero había hecho una iglesia para una imagen de nuestra Señora, cierto bien digna de poner en veneracion. Su padre la envió desde Flandes á su abuela, ó madre (que no me acuerdo cuál) con un mercader; él se aficionó tanto á ella, que la tuvo muchos años, y después á la hora de la muerte usóse se la llevasen en un retablo grande, que yo no lo vió en mi vida (y otras muchas personas dicen lo mesmo) cosa mejor. El padre fray Antonio de Jesus, como fué á aquel lugar á petición de este caballero, y vió la imagen, aficionóse tanto á ella, y con mucha razón, que acordó el pasar allí el monesterio: buscó este lugar Mancera. Aunque no tenía ninguna agua de pozo, ni de ninguna manera parecía la podían tener allí, libréles este caballero un monesterio, conforme á su profesion, pequeño, y dió ornamentos: hizo muy bien.

No quiero dejar de decir, como el Señor les dió agua, que se tuvo por cosa de milagros. Estando un día después de cenar el padre fray Antonio, que era peior, en la cisterna con sus frailes, hablando en la necesidad de agua que tenían, levantóse el peior, y tomó un bordon que traía en las manos, y hizo en una parte de él la señal de la cruz á lo que me parece, que aun no me acuerdo bien si hizo cruz, mas en fin, señaló con el palo y dijo: Ahora caed aquí. A muy poco que cayeron, salió tanta agua, que aun para limpiarle es dificultoso de limpiar y de agotar, y agua de beber muy buena, que toda la obra han gastado de allí, y nunca, como digo, se agota. Después que cayeron una huerta, han procurado tener agua en ella, y hecho necia y gastado hartos; hasta ahora, cosa que sea nada, no la han podido hallar.

Pues como yo vi aquella casita, que poco antes no se podía estar en ella, con un espíritu, que á cada parte

que miraba, hallaba con qué me edificar, y entendí de la manera que vivian, y con la mortificación y oraciones y el buen ejemplo que daban, porque allí me vino á ver un caballero, y su mujer que yo conocia, que estaba en un lugar cerca, y no me acordaban de decir de su santidad y el gran bien que hacian en aquellos pueblos, no me hablaba de dar gracias á nuestro Señor, con un gozo interior grandísimo, por parecerme, que via comulgado un principio, para gran aprovechamiento de nuestro Orden, y servicio de nuestro Señor. Plega á su Majestad, que lo lleve adelante, como ahora van, que mi pensamiento será bien verdadero. Los mercaderes que habían ido conmigo me decian, que por todo el mundo no quisieran haber dejado de venir allí. ¿Qué cosa es la virtud, que mas les agrada aquella pobreza, que todas las riquezas que ellos tenían, y les hartó y consoló su alma!

Después que tratamos aquellos padres y yo algunas cosas, en especial, como soy flaco y ruin, les rogué mucho no fuesen en las cosas de penitencia con tanto rigor, que lo llevaban muy grande; y como me había costado tanto deseo y oracion, que me diese el Señor quien lo encarecase, y via tan buen principio, tenía no buscarse el demonio cómo los acabar, antes que se efectuase lo que yo esperaba. Como imperfecto y de poca fe, no miraba que era obra de Dios, y su Majestad la había de llevar adelante. Ellos, como tenían estas cosas que á mí me faltaban, hicieron poco caso de mis palabras para dejar sus obras; y así me fué con harta grandísimo consuelo, aunque no daba á Dios las alabanzas que merecía tan gran merced. Plega á su Majestad, por su bondad, sea yo digno de servir en algo, lo muy mucho que le debo, amen; que bien entendida era esta muy mayor merced, que la que me hacía en fundar casas de monjas.

## CAPÍTULO XV.

En que se trata de la fundacion del monasterio del glorioso San Josef en la ciudad de Toledo, que fué año de novecientos.

Estaba en la ciudad de Toledo un hombre borracho y siervo de Dios, mercader, el cual nunca se quiso casar, sino hacia una vida como muy castigo, hombre de gran verdad y honestidad: con trato lieito allegaba su hacienda, con intento de hacer de ella una obra, que fuese muy agradable al Señor. Dióle el mal de la muerte: llamábase Martin Ramirez. Sabiendo un padre de la Compañía de Jesus, llamado Pablo Hernandez, con quien yo estubo en este lugar me había confesado, quando estaba concertando la fundacion de Malaga, el cual tenía mucho deseo, de que se hiciese un monesterio de estos en este lugar; fué á hablar, y dijole el servicio que sería de nuestro Señor tan grande, y como los capellanes y capellanas, que queria hacer, las podía dejar en este monesterio, y que se harian en él ciertas fiestas, y todo lo demás, que él estaba determinado de dejar en un parroquia de este lugar. El estaba ya tan malo, que para concertar esto, vió no había tiempo, y dejó todo en las manos de un hermano que tenía, llamado Alonso Alvarez Ramirez, y con esto le llevó Dios. Acordó bien; porque es este Alonso Alvarez hombre harto discreto y